

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PEBU 1637

Valores y giros a A. Barrera

Los hombres providenciales

Quizás muy pocas veces, en períodos críticos de la evolución de esta humanidad atormentada, los hombres providenciales representaron un papel tan importante. Se explica que las masas se prosternan ante los ídolos de barro, que las multitudes delirantes aclamen a los mesías, que los descontentos arrastren el carro de los nuevos redentores. Pero, ¿dónde encontrar la explicación de esa especie de misticismo colectivo, de esa renuncia de los atributos del hombre, de ese retorno a las épocas de pretéritas idolatrías?

Este mesianismo del siglo materialista que vivimos, consagra a dioses mortales. Pero no por eso deja de ser menos negativo para la personalidad del pueblo que se prosterna a los pies del ídolo viviente. El socialismo es la exaltación del mesianismo político, religión materialista que reside en el estómago y tiene su fuerza en el intestino grueso. Y ya veis como surgen a escena los redentores, como se elevan las mediocridades, como triunfan los audaces.

Los pueblos no creen en el retorno de Cristo. Tampoco tiemblan los privilegiados ante el anuncio de la venida del Anticristo. Ahora se cree en los hombres providenciales, en los caudillos y en los apóstoles que han hecho su evangelio con el erupción de los hartos y la anemia de los hambrientos. El culto a la fuerza es propio de las razas moralmente vencidas y de los pueblos que sufrieron la derrota en su lucha contra la animalidad triunfante. Por eso se embriagan los hombres de este siglo en ese torbellino de violencias desatado por la guerra y por eso también se prosternan ante los caudillos de las revoluciones arrancadas al vientre del mundo, antes de tener vida propia y consciente, por la brutal sacudida de los instintos, de las pasiones y de los odios.

No importa la naturaleza del hecho realizado. La cobardía colectiva encuentra en la audacia de los hombres providenciales el lenitivo para su debilidad. Y la violencia desatada sobre el mundo, interpreta mejor que ninguna idea humanitaria y justa el estado psicológico de los pueblos, empeñados en buscar su redención siguiendo las corrientes de cuanto aluvión se vuelca en el océano social. En ese naufragio de los valores morales que tanta influencia parecían ejercer sobre el hombre, sólo se oye un ¡sálvese quien pueda! Y cada cual se aferra al objeto más próximo, creyendo encontrar por fin su tabla de salvación.

Los hombres providenciales no

pertenecen a una casta elegida, a una clase social privilegiada, a una determinada secta religiosa o política. Son hombres de este siglo, conformados por la cultura burguesa, de origen oscuro los más de ellos: seres medioerres, sin otra cualidad que su audacia, a quienes el alu-

vocó el evangelio socialista, mientras que el jefe de las hordas fascistas exaltó los peores apetitos de las turbas hambrientas armadas para contener el avance de la revolución liberadora? Descontemos el lenguaje que emplearon ambos caudillos y atengámonos únicamente a

naria de este momento histórico); pero la influencia de ese triunfo para la civilización y la cultura, para las ideas de humanidad y de justicia social, será idéntica a la que ejerce el bolcheviquismo con la acción desmoralizadora y corruptora de su autoridad y de su mesianismo convertido en despótica religión.

La burguesía italiana confía en su hombre providencial: Mussolini. ¿A quién puede extrañar esta fé en la genialidad del caudillo triunfador, si con un hecho de fuerza logró aventar el peligro revolucionario que tenía atemorizados a los hartos del reino? Mussolini representa a la fuerza y gobierna con la fuerza. Y todos los políticos seniles se prosternan a sus pies y lo proclaman vencedor: ¡Ave César! Sí, ahí está, en esa consagración de la violencia, la apoteosis del hombre providencial, del César trashumante que oculta tras la camisa negra un mondongo vacío y un pecho repleto de ambiciones.

Como triunfaron Lenin y Mussolini, triunfarán probablemente muchos otros hombres providenciales. Los caudillos son, en cierto modo, el producto del medio ambiente y de la cobardía imperante, un caso patológico que nos señala toda una época y escribe una nueva página en la historia de la humanidad. Y los caudillos de ahora son el reflejo de la brutalidad convertida en un símbolo de barbarie y de retroceso.

(0)

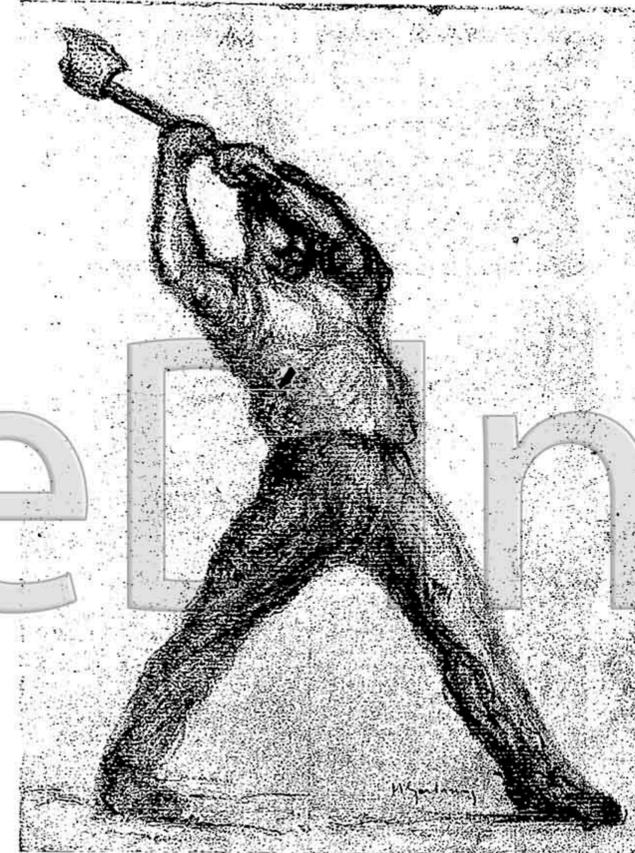
Un juicio sobre espiritismo

En el espiritismo no se puede negar ni afirmar. Como todas las teorías, ésta tiene también su exceso de charlatanismo. Entre sus adeptos, se cuentan, sin embargo, muchos hombres eminentes en el mundo de la ciencia, la literatura y el arte. El lenguaje de la propaganda no deja de ser atractivo, además de estar dotado de cierto viso racionalista o científico, más no es todavía suficiente para convencer y, a pesar de lo que afirman los sabios, mejor es mantenerse en la duda, mientras no se puedan presenciar y comprobar los fenómenos de dicha doctrina. Es innegable que deben existir fuerzas superiores, desconocidas por completo unas y de conocimiento muy restringido otras, pero también es peligroso seguir lo desconocido, que puede ser causa de una nueva reforma religiosa, y crear más lazos espirituales que impidan o retarden aún más la libertad moral y física del humano.

Desde el momento que los espiritistas afirman que los fenómenos sólo se producen a capricho de los espíritus y muy pocos o ninguno por la voluntad del hombre terrestre, no debemos preocuparnos de tales abstracciones metafísicas y si aceptáramos únicamente en lo que pudieran tener de generalidad como hecho experimental de nuestros sentidos.

M. C. I.

EL ESTADO...



necesita hacha y brazo fuerte, compañeros!, y que no quede, al derribarlo, ni un raigón, para que nunca jamás, retoñando, vuelva a envenenar a los hombres, con su sombra funesta de opresión, de ignorancia y de miseria!

vión arrastró durante meses y años como a insignificantes insectos. ¿Cuál es, pues, la virtud de esos presuntuos genios colocados sobre las espaldas del pueblo por obra y gracia de los acontecimientos? La virtud de los hombres providenciales reside en su estómago y en sus agallas. He ahí las cualidades que se requieren para triunfar.

Con diferentes palabras, Lenin o Mussolini ofrecieron dar de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos. Y ambas revoluciones, la bolchevique y la fascista, son dos casos elocuentes, indiscutibles, de mesianismo. ¿Que el dictador ruso in-

terpreta toda la realidad revolucio-

los hechos. Y de los hechos, que son los únicos que van elaborando la experiencia universal, sacaremos curiosas y a la vez dolorosas conclusiones. La dictadura de los hombres providenciales nos demuestra la incapacidad colectiva y la derrota moral de los pueblos que soportan esa clase de despotismo. Y poco importa que la dictadura roja se haya erigido en nombre del proletariado, si en realidad se afianza sobre las espaldas del mismo proletariado. El fascismo triunfó a pesar de ese concepto del "proletariado" (que no interpreta toda la realidad revolucio-

NOTAS

Obreros y deportistas

No es raro, sino muy común, que un espectáculo deportivo — de foot-ball, box, etc. — termine en medio de un descomunal desorden, donde menudean las trompadas y hasta los cachiporrazos.

En presencia de esas erupciones de barbarie, algún compañero recién iniciado en nuestra elevada concepción moral, con la ingenuidad inherente, se preguntaba cómo las autoridades son tan liberales con esos bárbaros permitiendo reuniones que son la más acabada expresión de incultura, y en cambio cualesquiera reunión obrera, una simple asamblea de sindicato, es motivo de mil reparos por parte de los celosos custodios del orden.

Es que ese compañero ignora, todavía que las autoridades protegen y fomentan la incultura popular; son los mejores sostenedores de la barbarie instintiva de las muchedumbres. Porque a su vez la incultura es uno de los mejores sostenes del régimen social presente.

Todo lo contrario sucede con las reuniones de carácter proletario. Estos se reúnen para deliberar sobre la elevación moral del pueblo, para ver de apartarlo de la barbarie. Y esto no conviene a las autoridades. He ahí la explicación de la liberalidad con los bárbaros y la tirantez con los trabajadores.

Las autoridades están en su papel, aunque a los ingenuos les parezca extraño!

El cinturón de Firpo

Firpo, el bípido campeón argentino— hay que hacer esta salvedad para que no se le confunda con los campeones cuadrúpedos — ha sido obsequiado por sus admiradores con un cinturón de oro.

De hoy en adelante, cada vez que este campeón bípido se presente en la pista lucirá su áureo arnés, como el finado Botafogo lucía los suyos. Si así no lo hiciera perdería terreno entre sus admiradores, porque despertaría la sospecha de que los famosos puños del campeón habrían tirado sobre el mostrador del cambalache la dorada cincha.

Y esto sería grave para la fama de Firpo. Y el campeón debe mantener a toda costa esa fama, que le abre hasta la puerta del despacho presidencial.

Desinteresadamente, y sin ser sus admiradores, le aconsejamos que conserve como un tesoro esa fama.

Pues que Firpo no está en las condiciones de Botafogo y no todos los que triunfan con las patas encuentran su Chapadmalal para refugio de su vejez.

El rabo de los vigilantes

Un grupo de chicas de una localidad del interior, no teniendo más de qué ocuparse — pues ya se les ha pasado la edad de tener novio, aunque algunas de ellas no se han convencido todavía — se han propuesto realizar veladas teatrales, cuyo beneficio lo destinarán a socorrer a los vigilantes.

Estos buenos servidores públicos, declaran las chicas, están casi desnudos por olvido de la jefatura; no pueden agacharse porque se les ve el rabo — los vigilantes tienen rabo, aunque quieran disimular su parentesco con la raza ca-

nina — y las chicas de aquella localidad son tan generosas, tan extremadamente compasivas con estos animalitos, que hacen todo lo posible y están dispuestas a cualquier sacrificio para ocultar, aunque sea bajo sus propias faldas, el rabo de los vigilantes.

Es un empeño que no les censuramos a estas generosas solteras; pues si no han logrado satisfacer sus naturales aspiraciones maridándose con un obrero u otro hombre útil, es justo que sientan esa generosidad por los vigilantes y se empeñen en ocultarles el rabo...

La jubilación

Oímos a medias, a causa del ruido del coche de ferrocarril, una conversación de los "buenos obreros" aspirantes a la jubilación. Como solamente oímos a medias no pudimos saber a qué casa se

referían, y preguntarnos a los buenos obreros hubiera sido quizás imprudente...

Como alcanzamos a oír la protesta de uno — protesta de pobre esclavo — vamos a transcribirlo por el interés que puede tener para los ilusos que aspiran a esa limosna patronal que les asegura una vejez tranquila.

Decía uno de aquellos mansos bueyes: "Hemos sido despedidos más de cuarenta empleados que teníamos, el que menos, diez años de servicios en la casa. ¡Y hay quien llevaba veinticinco años! —Ahora ¿sabe? hay orden de no ocupar a nadie que tenga más de treinta y tres años."

"—Pero habrá reclamo" — lo consolaba el otro.

"Sí, hay reclamo. Pero el abogado dice que tenemos que presentar un certificado de la casa como que nos hemos portado bien..."

El comentario que nos sugiere el pequeño diálogo es, por cierto, bastante amargo. Vamos a dejar que los "buenos obreros" lo comenten a su gusto para no amargarles sus pobres ilusiones...

LA "LUIA MICHEL DEL SAHARA" ISABEL EBERHARDT SU VIDA Y SU OBRA (1877-1904)

III

He aquí a Isabel Eberhardt en tierra algeriana. Estamos en 1897; tiene apenas veinte años; está sola en el mundo, y, habiendo muerto su madre y su tío, posee una pequeña fortuna. Después de una corta permanencia en Bone, donde aprendió bastante el árabe, como para servir de intérprete, comienza, bajo ese cielo de África de que estaba desde hacía tanto tiempo enamorada, la vida errante que debía seguir hasta su muerte.

Sin otro compañero que su caballo de raza pura, habiendo vestido para mayor comodidad, y también por gusto estético, el amplio hábito árabe, el blanco turbante del beduino, deja tras de sí las tumultuosas ciudades de Tell y se lanza a través de las soledades del sur tunecino, del este de Algeria y del Sahara. "Cuando se es joven se es de las maniáticas triunfantes", canta Victor Hugo. Es con la mirada llena de éxtasis y el corazón latiendo de alegría que, durante los primeros días de su nueva existencia, Isabel saludó las auroras del Sahara, después de las noches de una luminosidad divina, donde las noctículas y luciérnagas iluminaron su sueño, estrellas minúsculas que respondían a las sonrisas innumerables de sus grandes amigas del cielo.

Hay! las más vivas felicidades de la tierra son también las más cortas, y nuestra joven vagabunda no tardó en ver levantarse ante la suya, bajo la forma de la autoridad quisquillosa de los verdugos árabes, un obstáculo en que no había soñado.

Una joven de veinte años, sólo, en hábito árabe masculino recorriendo a caballo el Sahara en un momento del año en que la ardorosa magnificencia del sol aleja a los más intrépidos viajeros, era ya más de lo que hacía falta para inquietar a las gentes del Estado. Si añadís a eso, que se había hecho pasar en todas partes como un joven periodista escritor musulmán que firmaba Mahmoud, comprenderéis fácilmente que el asombro y la inquietud de estos señores no debía tardar en cambiarse en franca hostilidad.

Por esta hostilidad la valiente joven fue molestada casi hasta el fin de su trágico destino.

Léanse las líneas siguientes que escribía en *La Petit Gironda* el 25 de abril de 1903:

"En 1900 me encontraba en Elnoud, en el extremo sur constantinés. Encontré allí al señor Eliman Fenni, entonces mariscal de las habitaciones de spahis; nos casamos según el rito musulmán.

"En general, en los territorios militares los periodistas son mal mirados, en su calidad de impedidores de danzar en redondo... Tal fué mi caso: desde el comienzo, la autoridad militar, que es allí, al mismo tiempo, administrativa, me demostró mucha hostilidad; así, cuando le manifestamos mi marido y yo la intención de consagrar nuestro matrimonio islámico por un unión civil, nos rehusó la autorización.

"Nuestra permanencia en Elnoud duró hasta enero de 1901, época en que fui, en las circunstancias más misteriosas, víctima de una tentativa de asesinato por parte de una especie de loco indígena. Apesar de mis esfuerzos, esa historia no se aclaró nunca, no obstante el proceso que tuvo lugar en junio de 1901, ante el Consejo de Guerra de Constantinopla.

"Al salir del Consejo de Guerra, donde tenía, naturalmente, que concurrir como principal testigo, fui bruscamente expulsada del territorio algeriano (y no de Francia), sin que se dignasen exponerme los motivos de esta medida. Fui, pues, brutalmente separada de mi marido; habiéndose naturalizado francés, su matrimonio musulmán no era válido.

"Me refugié en casa de un hermano de mi madre, donde mi marido llegó pronto a reunirse. Allí se nos concedió la autorización para casarnos, después de una información y sin ninguna dificultad... Es verdad que esto era en Francia, lejos de los consulados militares del sud constantinés. Nos casamos en la alcaldía de Marsella el 17 de octubre de 1901.

"En febrero de 1902 mi marido dejó el ejército y volvimos a Algeria. Fué nombrado enseguida khodja (secretario intérprete) en la comuna mixta de Tennes, en el norte del distrito de Alger, donde está todavía.

"Tal es mi verdadera vida, la de un espíritu aventurero, emancipado de las mil pequeñas tiranías, de lo que se llaman los usos y ávido de vida."

Lo que la joven esclava, tan valiente como modesta no dice en estas líneas donde resume su corta y gloriosa existencia, son los tesoros de abnegación y de sacrificio que difundió a su alrededor, en tre los pobres meskines, perpetuamente perseguidos, expoliados y martirizados, y a los que no cesó nunca de defender con su pluma elocuente contra el vencedor implacable, arriesgando así su propia se-

guridad. Lo que no dice es que todas las horas que no consagraba a gravar sobre el papel las impresiones de su vida vagabunda, en magnificar en la obra que estudiaremos enseguida, los esplendores del Sahara, las consagraba a los humildes, a los más míseros beduinos, vendidos, resignados, a los que amó como hermanos y los cuales la amaron como una hermana de caridad, en la bella y noble acepción de la palabra.

Lo que no dice, es que durante el valiente y prestigioso septenario de su vida, bajo el cielo de Africa, cuando no le quedaba un centavo de su pequeña fortuna, anduvo errante entre las tribus más miserables, reduciendo su misera pitanza para calmar las entrañas del hambriento, distribuyendo un poco de quinina a los nómadas retorcidos por el *tehem*, pasando con su mano fina y blanca sobre las llagas pestilentes, haciendo revivir en su memoria todos sus recuerdos de estudiante de medicina y poniendo así su propia miseria ingenua y sabia al servicio de la miseria insondable del sahariano.

Tal fué su vida, pasada completamente errando de un confin al otro del Sahara, ya sola, ya en compañía de los pastores y de los cazadores, de los que compartía la dura galleta o los dátiles aviados; deteniéndose en los oasis, junto a los *rhamas* miserables, felices de ofrecer a la que llamaban su buena *tubib* la pobre hospitalidad de sus casitas sus impresiones y en describir el país.

de *tod*, ocupaba sus veladas en escribir Porque Si Mahmoud tenía siempre en el bolsillo de su *Sarwal* o en el capuchón de su turbante, un lápiz y un carnet. Y ya sobre la cima de una duna o al borde de una tumba sobre un cementerio árabe, ya sobre el marco de un pozo o a la sombra de una palmera, sacaba uno y otro y escribía durante horas enteras.

Fuó, en efecto, la pasión por escribir la que con la del desierto, del árabe y de la vida mahometana, llenó su vida. Un día en una de sus cartas al venerable Abdul Wahab fué para ella un sabio iniciador en las cosas del Islam, decía:

"Quizás Ud. adivinara en mí la ambición de hacerme un nombre con mi pluma, cosa a la que no espero llegar, ambición que existe en mí en segundo plano. Escribo porque me gusta el proceso de creación literaria; escribo como amo, porque tal es mi destino probablemente.

Escribía aún la víspera del día trágico en que el *oued* que baña el pueblo de Ain Sefra, desbordándose súbitamente, la sepultó bajo una miserable choza de barro.

Cuando se retiró su cadáver de entre los escombros, se encontró cerca de él un manuscrito que era nada menos que una obra maestra.

IV

"EN LA SOMBRA CALIDA DEL ISLAM"

Si, este libro es seguramente el más hermoso de los cuatro que vamos ahora a analizar.

En el otoño de 1900, traídas sin duda por el soplo ardiente del *sinum*, llegaron a nosotros estas páginas de un exotismo soberbio en su verdad como un rayo de sol de Africa en la bruma otoñal de París. Y la sombra luminosa de *Azi-Yade*, que erraba en los estantes de las librerías, debió estremeerse.

Todos nuestros orientalistas de pacotilla, coloniales en pantuflas, exploradores de anticámara, cacógrafos que se suponían exóticos por haber ido, con una circular económica de Montmartre o de Pontoise a Biskra, todos los grafómanos neurasténicos, clientes más o menos cómodos de la agencia Cook, que experimentan la necesidad de ennegrecer en el curso de sus viajes sanitarios montones de papeles, palidecieron de envidia al leer esto.

"El caballo negro" — La noche, una noche roja, de pesados vapores sanguinolentos, sobre el vacío de la llanura. Más allá del *Oued*, en los confines del desierto un amontonamiento de ruinas rojizas, palmas de muros, hiladas de piedra de una torre fulminada, el antiguo ksar de Zekkour, destruido por el sultán negro, y cuyos escombros duran así indefinida-

mente, desbaciándose lentamente al sol y sirviendo de refugio a las tribus venenosas de víboras y escorpiones.

"Pasamos lentamente ante esta desolación y derrepente surge otra visión, que me sacude como una sensación extraña.

"Al borde del camino se agita una masa negra. Cuando paramos, ese especto se levantó en un esfuerzo sofrenado: era un caballo, con las patas posteriores rotas, que agonizaba allí, sólo, en la tarde moribunda.

"El caballo se apuntaló sobre sus dos piernas nerviosas, estradas hacia adelante, su petral temblaba y dirigía sus nalgas sangrientas hacia nuestros asnos.

"Repentinamente sus ojos se iluminan, lanza un largo relincho, último tierno llamado a las hembras estremecidas; como un grito de rebeldía y de dolor. "Djilali apunta su fusil al animal moribundo, parte un tiro seco, brutal: el caballo negro rueda sobre el suelo rojo, fulminado, con la mirada turbada, con su último grito de amor.

"E, inconscientemente, Djilali me dijo, con una risa sana y pueril: "Hay suerte, ese ha muerto enamorado."

"La noche cae sobre las ruinas de Zekkour la devastada. Sobre el caballo negro."

Yo mismo, cuando por primera vez, en el escaparate de una librería de los boulevard de esta página y las anteriores y las posteriores, tenía los pies en un lodo glacial y mis manos estaban azules de frío. El termómetro del próximo pasaje no estaba lejos de cero.

Y sin embargo, la tibieza del sol de Africa me envolvía carne y alma, y ante mis pupilas desvanecidas por el esplendor de esta prosa, pasaron los esplendores de las luminosidades del desierto, el encanto penetrante de los "ksur" y la gloria de los oasis.

A mi derecha, un tipo de una elegancia dudosa con el monoclo en el ojo, recorría una cochinería cualquiera, mientras que a mi izquierda, un eclesiástico, sin duda miembro de la Liga Berenger, ojeaba con un índice sucio un tratado de filología. Del uno se advertían los signos del lupanar, del otro se esbalaba un olor a macho cabrío.

Y sin embargo, al leer la obra de Isabel, me parecía que estaba lejos, muy lejos del París fangoso, en el sud del Africa francesa, luminosa, bajo las palmeras del Piquit o del Touggourt. Y hermosos viejos con niocas larga barba, como los turbantes, circulaban silenciosos y sonrientes alrededor de mí, lo mismo que los adolescentes de torso de bronce fino y pulido como un espejo.

Un perfume suave de jazmin y de mandarina llegaba de los jardines próximos y yo oía con el suspiro de las palmeras rosadas, el canto tan suave de la flauta beduina y la voz grave de un cuentista árabe narrando la vida maravillosa del desierto. Sí, hasta tal punto la obra febrilmente hojeada de ésta joven errante había invadido mi alma de viejo vagabundo impenitente que, a pesar del lodo, la bruma y el frío, a pesar de la tristeza glacial que caía del cielo parisiense, yo estaba "a la sombra cálida del Islam"

La misma noche llevaba el libro a la biblioteca de la Cámara y, en la suave tibia del gabinete de lectura, lei estas páginas con la lentitud atenta y apasionada de un paleógrafo sobre un palimpsesto curioso. En ese momento en la sala de sesiones se charlabá a propósito de no sé qué extralimitación cometida por el Ejecutivo. Pero ni los murmullos, ni los gritos, ni los estremecimientos de los pupitres llegaban hasta mí en esa Tebaida sagrada de los libros en que yo me complacía. ¡Ah, qué lejos estaba del Parlamento, y qué hermoso sueño hice, llevado a la estepa soleada, a través del desierto rojo, por la fina yegua árabe de la dulce y turbadora Si Mamoud!

En esta invernal tarde volví a vivir mis libros ya lejanos y mis años de vagabundaje bajo las palmeras de las Antillas y sobre los arroyos chinos. ¡Oh, el hermoso libro cuyas páginas están iluminadas por la gran luz de Africa, donde se siente palpitar el alma misma de Algeria!

Leed estos capítulos titulados: *En marcha; El drama de las horas; Mon-*

taña de luz; Soplos nocturnos; La vueltu del baño; Potencias de Africa; Buscadores de oleido; Primavera en el desierto, y veréis que son dignos de figurar en una antología de la literatura exótica, junto a las más bellas páginas de Fromentin y de Loti.

V

"NOTAS DEL CAMINO"

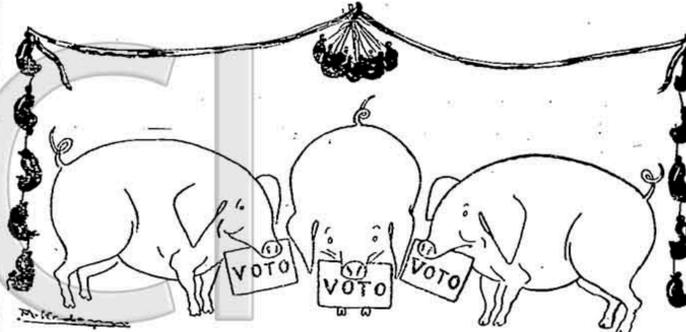
La misma originalidad, la misma maestría, la misma sobriedad luminosa en las "Notas del Camino", que aparecieron dos años después, en 1908, y que contienen, además de sus impresiones exquisitas sensaciones de Tunes y de Marruecos. La vida vagabunda y soñadora que llevó a escribir como la palmera en el agua clara de la "seguida".

Si, verdaderamente, antes de ser escrito este libro fué soñado y vivido por ella, en medio de sus hermanos los beduinos, de que nos cuenta la pintoresca pobreza, la sublime sencillez.

Las páginas que ha consagrado a pintar los malos tratos de que son víctimas, son las más bellas, las más vengadoras que hayan sido jamás escritas contra la odiosa crueldad de los vencedores.

No quisiera dejar de citar aquí las páginas donde describe el modo despiadado con que se deducía en Tunicia el escandaloso impuesto de la "Mejiba", contra el que me he levantado yo mismo, no sin virulencia, en mi "Sueur du baron".

Yo había llegado allí con un joven Kalifa de Monastir, Si Larbi Chabet, para recoger los retrasos de los "medjbs", el impuesto de capitación que pagan los indígenas en la campaña de Tunicia.



Los que votaron ayer

"Si Larbi no sospechó nunca que yo era una mujer y me llamaba su hermano Mahmoud, y yo compartía su vida errante y sus trabajos durante dos meses.

"En todas partes, en las sombrías tribus indóciles y pobres, la acogida nos era hostil. Solo los turbantes rojos de los spahis y los turbantes azules de los *deira* se imponían a estas hordas famélicas... El buen corazón de Si Larbi se oprimía y nosotros teníamos vergüenza de lo que hacíamos, él por deber y yo por curiosidad, como de una mala acción.

"Al salir de Mokim, separada de los olivares por las hayas del *hendí*, el camino va porloriento y recto, y los olivares parecen acompañarlo indefinidamente, ondulados como las olas y argentados como ellas.

"Una pobre mequitta disuena con un amarillito terroso, recordando las construcciones del sur; algunas casas del mismo tinte ocre; algunas ruinas, algunas tumbas diseminadas al azar...

"Ante la mequitta un pequeño patio invadido por las hierbas, y en el fondo una especie de reducto abovedado, al lado del cual una higuera extiende sus anchas hojas aterciopeladas. Y allí se encuentra el pozo, profundo y helado."

Isabel Eberhardt nos muestra entonces a los spahis y a los *deira* introduciendo el cheknik, gran viejo de perfil de águila, de ojos feroces, y a todos los ancianos de la tribu, acompañados de sus hijos grandes y delgados, extraño hacinamiento de rostros quemados por el sol y el viento, de cabezas enérgicas hasta el salvajismo, de mirada sombría y firme:

"El cheik da largas explicaciones embrolladas, con un tono quejumbroso. A cada instante estallan a su alrededor gritos formidables, con la vehemencia repentina de esta raza violenta que pasa del silencio y del sueño al tumulto. Todos afirman su miseria.

"Se les llama según una lista. — Mahomed ben Mohamed ben Dull! — Presente! — ¿Cuánto debes? — Cuarenta francos. — Yo estoy rojo-densudo. (Idiotismo tunecino para decir fakir pobre). — ¿No tienes ni casa, ni jardín, ni nada?"

Con un gesto de resignación el beduino levanta la mano. — La suerte pertenece a Dios. — ¡Vete a la izquierda!

"Y el hombre se aleja frecuentemente resignado, y va a sentarse con la cabeza inclinada; al mismo tiempo los spahis lo encadenan; al día siguiente uno de los caballeros rojos lo llevará a Monastir y de allí a la prisión de Monastir, donde trabajará como forzado hasta que haya pagado.

"Los que confiesan poseer alguna cosa, una pobre choza, un camello, algunos carneros, son dejados en libertad, pero el kalifa hace recoger todos esos pobres bienes para venderlos... Y nuestros corazones sangran dolorosamente cuando las mujeres llevan llorando la última cabra o la última oveja a quienes prodigan caricias y despedidas.

"Después, arrastrando con nosotros un rebano sombrío y resignado de hombres encadenados, seguimos más lejos... "Chrahel, a la que los eruditos llaman Ischrahil.

no estareis asombrados de las mil vejeciones, por no decir más, de que la buena nomada, la nihilista, como se la llamaba, fué víctima de la autoridad militar tanto como por la civil, en el curso de su breve y doliente vida.

VI

"TRIMARDEUR"

Con *Trimardeur*, Isabel Eberhardt cambia su nota y emprende con valiente maestría, la gran novela de estudio psicológico y de carácter.

Si aquellos, militares y civiles, que durante su permanencia en los territorios del sur algeriano, la señalaban como nihilista, inútil y mathechora y la trataron como tal, hubiesen leído este libro, hubieran visto cuán calumniosas eran sus insinuaciones y odiosas sus malevolencias.

Hubieran visto que lejos de ser una nihilista contemplativa, abúlica, eterna enferma de la voluntad, o una nihilista perpetuamente agitada, que no soñaba más que en la destrucción sin la construcción, el ideal social de la buena nomada" descansaba en una concepción revolucionaria, lógica, práctica, que encarnó en su heroína militante Vera Gourieva. Desde el principio al fin del libro, Vera Gourieva, de la cual la autora modeló su alma con un poco de la suya, trabaja sin tregua ni reposo en salvar de ese nihilismo inórbido a Dimitri Orshanov, el Trimardeur.

Sin lastidit, con una paciencia fraternal, se esfuerza por demostrarle que un intelectual como él, a quien la naturaleza, buena madre, prodigó los dones más preciosos del espíritu y del corazón, cometen un crimen de lesa humanidad no ayudando con toda su energía, con toda su inteligencia, a la obra de reconstrucción social a que están dedicados los revolucionarios prácticos de Rusia y de otros países.

Con una enternecedora capacidad, quiere arrancarlo al cabaret donde pasa una buena parte de su vida, consumiendo alcohol y opio, en los cuales busca la exaltación de sus sueños negros. Para llegar a sus fines, para llevar a un término la noble tarea de substraer un alma de élite a la decadencia y dedicarla a la obra revolucionaria, no vacila en nada; de corazón combativo, se convierte en su amante, le hace el abandono completo de su juventud y de su belleza. Una alegría profunda se apodera de ella cuando ve a Dimitri abandonar poco a poco su vida de disipación, su nihilismo contemplativo de alcohólico y de opiómano, para luchar con los camaradas activos en combate revolucionario.

Pero, ahí aparece precaria la curación. He aquí, en efecto, que surge en su vida un nihilista místico, Orlow, que no cree en la ciencia, a la que declara incapaz de mejorar al hombre, le niega su misión especial, y no reconoce de utilidad más que la destrucción. Dimitri se deja llevar por este apostol de la desesperación, y helo ahí refugiado en Ginebra, vuelto a su vida crapulosa de antaño. Profundamente entristecida, pero no desanimada, Vera la militante intentará una vez más su re-urrección. Vanos esfuerzos. Dimitri renuncia a su amor, huye de Ginebra, va a Marsella, pasa sus noches y sus días en el cabaret en compañía de prostitutas, hasta el momento en que creyendo realizar el ideal de individualismo mórbido y de irrealizable libertad, va tontamente a caer en el presidio militar de la Legión Extrangera.

Tal es este libro, de una forma nerviosa y sobria, de una documentación segura de una psicología penetrante y que oclatamente está lejos de haber obtenido el éxito que merecía.

Este estudio sobre la obra de Isabel Eberhardt sería incompleto sino señalásemos *Mektoub*, una larga novela que tiene por cuadro Tunes, las *Nouvelles Algériennes* y los *Contos Sahariens*.

No menos coloreados, no menos vivientes y minuciosamente documentados que las *Notes de route*, fueron escritos durante los tres años que precedieron a su último viaje al extremo sur oranés, su marcha última hacia la duna de Ain-Sefra, donde estaba señalado el lugar de su tumba.

PAGINA DE ARTE

COSTANTIN MEUNIER

Hoy vamos a recordar a uno de esos grandes artistas que fijan el sentimiento de toda una época, perpetuándolo en obras que son como jalones en las etapas progresivas del espíritu humano.

Expresiones cada vez más profundas y amplias del misticismo humano, su eclosión responde, siempre, a la riqueza moral colectiva y nunca a la material ni



C. MEUNIER

a la protección de aristocracias cultas y refinadas, como algunos pretenden.

Estos han provocado siempre un arte falso, decadente. Los Médels no han promovido sino actividades como las de Vasari y su Academia, de funestos resultados: porque el arte no arraiga en la cultura ni en el refinamiento. No hay un solo artista grande que no radique su fuerza, consciente o intuitiva, en la interpretación de los sentimientos, muchas veces oscuros e indefinidos, del pueblo, de la colectividad. Nadie puede ser el principio de nada, y una nueva verdad, científica o moral, no es sino otro aspecto de ella, el desarrollo de una for-

ma inicial. Los precusores concretan, resumen, pero no crean, y están — mucho más de lo que se cree — ligados a las actividades anteriores y al medio social en que actúan.

Por esto no ha habido una sola manifestación de arte verdadero, que no fuera la expresión elocuente, sintética, de los sentimientos de un pueblo, es decir, de su concepto moral de la vida. La historia del arte, en resumidas cuentas, es la historia de la evolución moral del hombre.

Una enorme distancia separa las expresiones primitivas, fetichistas y guerreras, de las nuestras, inspiradas por un concepto de fraternidad humana. Por poco que se medite en lo que significa la aparición del trabajador, del trabajo, mejor dicho, en el arte, se comprobará la diferencia que nos aleja de la conciencia antigua que consideraba con Aristóteles, al trabajo como indigno del hombre libre y, natural, lógica y necesaria la esclavitud. No en el progreso material, sino en esas al parecer pequeñas diferencias de conceptos, fundamentales, sin embargo, reñe el lento pero positivo progreso humano.

Y bien, Constantin Meunier, cuya obra me suscita estas reflexiones, ha expresado este nuevo matiz de la conciencia humana. Como en la obra de Millet, a cuyo nombre irá asociado siempre el suyo, en la obra de Meunier palpita nuestro anhelo de amor, nuestro sufrimiento por los que sufren en la ignorancia, en la opresión y en la miseria. Ellos han magnificado el trabajo maldito.

Con los ojos en el porvenir — como sus *Sembradores* — mientras el arte oficial y protegido buscaba la *Belleza* falaz en los tratados de Estética — nuestros grandes artistas encontraban en la vida humilde y ruda de todos los días, los elementos elocuentes con que expresar los sentimientos más delicados, más puros y nobles que se hayan expresado jamás.



EN EL ABREVADERO

Meunier nació en Bruselas en el año 1831 y murió en la misma ciudad en el 1905.



EL MINERO

Su vida fué una vida de lucha tenaz y de miseria. Hasta la edad de cincuenta años fué pintor, presentándose a esa edad con el *Martilleur* y el *Puddeux* como escultor.

"La vida de Constantin Meunier, dice uno de sus biógrafos, se resume en años pacientes de labor. No ha sido nunca un virtuoso enamorado de las posibilidades extremas o excesivas de su arte, ni un señor que exhibiera su facilidad ni sus recursos. El ha sentido, confusamente, que algo que lo emocionaba hasta en lo más profundo de su ser, que no había sido dicho jamás, tenía necesidad de ser dicho, de tomar forma, y, durante su juventud y durante la mayor parte de su edad madura, se puso obstinadamente en busca del secreto, que no había podido todavía desprender de los pesados velos de la mentira tradicional, y de los recursos propios para expresarlo. Se puso en busca con toda la paciencia, con toda la constancia que su gran alma ingenua y recta soportaba sin desfallecer.

Los que lo conocieron durante ese tiempo, lo recuerdan como un maravilloso ejemplo. Nada lo abafaba. Las desgracias se enseñaban con él en vano. Las enfermedades, los duelos íntimos, la miseria espantosa lo acosaron. En vano. Se hubiese creído que era preciso que ese sensitivo se replegara aún más sobre sí mismo, que penetrara todavía más íntimamente todas las torturas, para que al fin las representara, no con la compasión del hermano, sino como las suyas propias, evocadas por sus dedos trágicos, simples y emocionantes.

Es que en realidad era un obrero y con los obreros compartió la vida de la

Nada podía indicarle la vía que debía tomar. El sólo podía descubrirla, y como ese gran espíritu ingenuo y lento no podía avanzar sino poco a poco, sin choques ni sobresaltos, la

miseria y de las luchas. Su arte no ha sabido de las teorías revolucionarias, pero su sensibilidad lo llevó a ellas. Sus obras, como la de Millet, como la de Zola, inspirada en la verdad, en un sentimiento profundo de amor y de piedad, en este medio de injusticias y miserias provoca la rebeldía, son revolucionarias.

"No es que Meunier — decía Veraheren — fuera un espíritu para tener programas, ni que su escultura haya salido



ESTIBADOR

de los libros. Ella no reivindica nada y él se quiere no prueba tampoco nada. Es, sin embargo, la expresión de la hora de su nacimiento: indica que tales ideas están en el aire, que los que respiran, más por el cerebro que por el pulmón, las absorben para definirlos, los unos en problemas doctrinales, los otros en obras de arte. Estos, inconscientemente quizás, pero por eso mismo más alta y más humanamente.

Por lo tanto, si esos bronce admirados no son ni revolucionarios ni subversivos — porque al fin y al cabo no hay arte aristocrático ni democrático, hay arte solamente — por lo menos para el espectador tienen tal significación inmediata. Irgulendo en una forma soberbia y nueva a esos obreros armados con sus martillos, mostrándolos tristes y fuertes, algunos — el *Coltrario*, por ejemplo — con aspecto de fieras, otros soñadores y dolientes, andando, sentados o apoyados en el mostrador de un cabaret, Meunier sembraba la ansiosa preocupación del mañana, no con frases, sino de una manera más inmediata, más clara, mucho más ciosa.

El trabajador, gracias a él, no es más el hombre lejano y vago del cual se habla en ocasión de ciertas catástrofes; él ha entrado en las ciudades, se ha plantado en los salones del arte, ha tomado su sitio en los museos, ha venido de lejos, del horizonte para afirmarse real, viviente, trágico, y es bien alguien — miradlo — con el cual habrá que arreglar muy pronto cuentas seculares."

Este es el Veraheren de hace treinta años, que habla. Para terminar, transcribiré las páginas que ha dedicado a Meunier ese otro gran artista de la pluma, Camille Lemonnier, contemporáneo y coetáneo:

"Meunier, a través de esta expresión de arte se incorpora entre los autóctonos y los absolutos. Como los simples y los fuertes, él se denuncia un primitivo renovando la ley de la Belleza.

"No tiene otro sentido el primitivismo: se aplica tanto al estado de conocimiento avanzado como al período ingenuo de formación.

"Meunier suscita una forma de emoción nueva. Merece por esto figurar al lado de los dos maestros que asumieron más intensamente la responsabilidad estética de fin del siglo: Puvlis, por el sueño infinito de las edades, Rodin por el paroxismo nervioso de la pasionalidad.

"El ritmo, la vida evolutiva y cadenciosa, seguida en sus relieves y flexibilidades, he aquí lo que se afirma en él de primordial y contribuye a ese don de la constructibilidad, que totaliza todos los otros.

Ningún arte es más sobrio, con indicaciones más fuertes. Ninguno establece con mayor nitidez la relación de lo interno con el esqueleto y la expresión de los movimientos de la forma con la acción.

"Es poderoso, concreto, y, como tiene la fuerza, tiene, cuando le hace falta, la gracia.

"En el heroísmo viril de la obra, es el reposo de una emoción entrecerrada por el encanto de la carne nupcial y filial. Pero ni en el minuto de amor y de gracia se ablanda y conserva la simplicidad ruda que a sus menores trabajos concede un carácter decorativo y monumental.

"La experiencia fué hecha un día en que de un grupo de dimensiones reducidas sacó ese *Caballo en el abrevadero* que figura en una de las plazas de Bruselas. No tuvo que agrandar sino las proporciones para alcanzar el efecto épico y tranquilo de una especie de Colonne plebeyo, cabalgando con una pose estupefata su enorme cuadrúpedo. El efecto ya existía latente en el pequeño formato.

"Aquí, por otra parte, como en las demás producciones, la masa se equilibra, igual, llena en todas sus partes. La ponderación de líneas, la lógica de la estructura, la coordinación de los detalles al conjunto ofrecen la imagen de un edificio cubando el espacio y animándolo de una elevada vida armónica.

"Ante el *Ecce homo* de Meunier estamos en presencia de otro aspecto del pensamiento del gran artista. La humanidad plástica que él modela según un antiguo ritmo de fuerza y de heroísmo, el indenne bruto humano aferrado en su gesto leve y maquina, hace lugar a una

humanidad lamentable, empapada en las aguas vivas de la sensibilidad cristiana. Al ritual físico exaltando las pujanzas del trabajo se sustituye una caridad evangélica que se inclina sobre los desfallecimientos y las aflicciones de la criatura. Íntimas efusiones emanan de

tá sin rebeldía no se oyen sus sollozos. "Es la hermana de esta otra muda, de esta *Mujer del Pueblo*, de ojos roídos por los ácidos del dolor, transformados en el dibujo húmedo que, de los ojos salientes mana perpetuamente sobre el pozo fúnebre de las mejillas. Esta también de-



MINEROS (BAJO RELIEVE)

esta comunión de un genio simple con los elementales, triturados bajo la muela de la existencia y que van hacia la muerte de los osarios y las morgues sin abrir la boca.

"El mundo oscuro de las almas mudas, entonces se entrecierra: apenas parece oírse en las raíces de la vida como una melancólica mar sin olas el ruido de las lágrimas que no pueden desbordar. La madre, reclinada ante el torso lacrado de su hijo (el *Griscu*) retuerce la imploración y el estupor de sus manos. Toda su desgracia se quiebra en una tormenta seca, interior, que muere sin gesticulaciones en las largas líneas rígidas de su rostro. La casa vacía en el interior de sus silencios. La fosa homérica, el ogro cebado de entrañas humanas, le queda coagulada en los dedos con los cuales toca las llagas heladas. Y es-

dica el holocausto de su corazón martirizado a las normas funestas.

"Las dos consentían la vida, lo mismo que el *Viejo cadaño de mina*, de la bestia ciega y escuálida, nutrida con el aliento de fuego de las tinieblas, de cistillas en círculo de las tinieblas, de cospinazo sarnoso y desgarrado como despedazado por el cuchillo del descuartizador.

"Jesús día el artista humano extendió su piedad hasta el animal, a ese hermano víctima del hombre. Uno y otro, los confundió en una camaradería de afecto taciturno, peregrinos iguales y anónimos de un mismo destino. Y con la carne macabra vuelve a empezar la obra maestra del perdón de los ultrajes que él había hecho ya con el *Ecce Homo*. "Más que la rebeldía que se le quiso ver, el sentido de su última producción es de gran perdón, que de la criatura se extiende a la bestia y cuyo abrazo encierra al mundo..."

En Buenos Aires existe una copia en bronce del *Sembrador*, en la Av. Alvear y otra del *Segador* en los jardines de Palermo.

LA FACULTAD DE ENCENDERSE

No diremos una novedad si afirmamos que nuestro ambiente artístico carece de la menor orientación. Existen esfuerzos muy loables que desgraciadamente solo son expresiones aisladas. No faltan tampoco los buenos pintores y los buenos escultores con los conocimientos técnicos indispensables para llevar a buen término la realización de un excelente cuadro o de una escultura, pero pocos, raros o ninguno son los que llevan en sí la facultad de encenderse, sagrada facultad, capaz de abrasar con su fuego al ser más impuro y hacerle renacer de las turbias cenizas de sus pasiones.

Conversad con un artista preñado o no; visitad su taller, seguidle en sus anhelos y os perelbiréis que no sufre por no poder expresar lo que siente y ve, sino porque no sabe a donde dirigir sus miradas, ni sobre qué aplicar su sensibilidad. Algunas veces confiesan que les falta tema. Su emoción se desperdiga así, sin sentido, mariposeando por encima de todos los asuntos sin el necesario valor para detenerse en uno de ellos. Si algo los conmueve temen entregarse. Tienen un



LA GLEBA

horrer sagrado a cualquier error que pudieran cometer. La prudencia los guía y los vericuetos que trazan sus cálculos, son el dédalo por donde se pierden. Tienen poca confianza en sí y en los demás, y sus convicciones sobre la vida, sobre los asuntos en general son débiles y vacilantes. No son afirmativos, raros son los que están animados de la divina rebeldía de una juventud pujante, y pocos, muy pocos, sienten la honda e irremediable necesidad de decir algo, de gritar, de llorar, a truce de parecer ridículos o sublimes. Se escamotean a sí mismos en sus obras y creen ganarse al público ejecutando volatinerías y acrobacias con el oficio. Y el público les vuelve las espaldas. Justo castigo, a fe.

Es que en todo esto hay un error fundamental. Un error que no debe abochornar a nadie porque pocos están exentos de haberlo padecido. Los artistas, en su anhelo de ser tales, se vedan de vivir como simples mortales. Se recluyen, se puden a sí mismos, en un afán muchas veces lamentable de concentrar todas sus miradas sobre un solo objeto: el arte. Como los sabios citados por Anatollo France en su *Jardin de Epicuro*, que permanente las vitrinas e interpedados para que fijen su atención en una de ellas contestan: "No es mi vitrina".

Es cierto, pretenden seccionar la vida, y la vida se venga. ¿Cuándo se podrá aquí decir de alguien lo que se dijo de Paul Adam: Es un espectáculo magnífico? Nunca quizás. Porque el espejo que debía ser el artista se aminora y se retrotrae ante las desbordantes y tumultuosas escenas de la vida. Pretenden crear héroes y no viven siquiera como hombres. Huyen los dolores ordinarios, las pequeñas vicisitudes, las mil y una peripecias de sus semejantes y se encuentran luego que son impotentes de expresar nada que conmueva y haga gritar y llorar a los demás. Es que ellos no lloraron, es que ellos no se apasionaron más que por sus pequeñeces. Y sus torturas, sus pesares son así, solamente, los pesares de ellos, y que a nadie interesan.

Cristo psíquico el artista, triunfa únicamente por la suma de dolores, angustias, alegrías y bellezas que supo recoger y apretar contra su pecho, como una flor sangrienta, para que todas las espigas se clavasen en su carne, a fin de que su dolor y el de todos se encienda en un anhelo de purificación.

Porque la obra de arte no es más que eso. Un dolor que se enciende.

At.



¡A las filas, proletarios!

clarada, sobre esta complacencia deseable, — o acaso prevista, — la muerte de otro?

Confesarse. Y tener la fuerza de rechazar el cortejo de los arrepentimientos y de las penitencias, que se aplican a las almas serviles, pero que son indignos de la sinceridad de las otras. Confesarse sobre el plano de la conciencia. Y saber despreciarse.

* *

Y desgraciado también el hombre que busca excusas y explicaciones a todas sus faltas. Cada vez que invocamos las circunstancias atenuantes, cometemos una cobardía. Tiemblo pensándolo, mas ¿por qué negarlo y cómo? Sé bien que el justo peca siete veces por día, pero no veo nada, en esta estadística, que sea susceptible de consolarnos.

Comprenderlo y perdonarlo todo. Esta fórmula es bella como una divisa; pero hay un solo ser al que no puede ser aplicada: a sí mismo. Cada uno buscará las circunstancias que atenúan la responsabilidad de otro. Pero la misma regla que obliga al hombre a ayudar a sus vecinos cuando un peso les molesta o les abruma, le fuerza a preparar los hombros para su propia carga y para llevarla hasta el fin sin recriminación.

Además, como la confesión simplifica lo que se ha convenido en llamar la psicología, esta declaración de las responsabilidades simplifica la estrategia diaria. El mundo se parece hoy a un gran baile de máscaras. El rostro disimulado bajo el antifaz de las convenciones y de las excusas armoniosas, unos y otros ejecutan las figuras complicadas de la danza. Se va hacia la derecha cuando se busca su sitio hacia la izquierda y se retarda la marcha cuando se preten-

de avanzar. Es hermoso y bueno, dirá alguien. Pero si cada uno fuese a su destino decididamente y si no se ejecutasen todas estas contorsiones el baile no existiría. Reconozco que deseo su supresión. Las gentes a quienes gusta, pueden realizar la danza en los rincones retirados. Pero conozco más de una que se afisija bajo su careta con las piernas anquilosadas de fatiga. Añadiré que no se puede elogiar el baile en nombre del arte, porque la danza, en su significación de belleza plástica es otra cosa diferente.

He aquí, pues, que un hombre tiene el valor de despreciarse. Después nos viene con una carga de excusas y buenas razones, para tener el derecho de reabilitarse. Este catecismo no tiene fe. Es víctima de la epidemia de las circunstancias atenuantes, de esta enfermedad de aspectos variados hasta el infinito.

No diré nada aquí de sus múltiples formas. Su enumeración, fatalmente incompleta, me llevaría, en verdad, demasiado lejos. Desde la nerviosidad de que uno se vale desde que se siente culpable de una niñería o de una pequeña desonestidad, hasta la preocupación de experiencia y documentación que oculta toda suerte de deseos y fastidios frívolos, el catálogo es monstruoso.

¡Qué importa! Una consecuencia de esta política de circunstancias atenuantes, me detendrá solamente porque sólo ella ofrece en grande escala consecuencias verdaderamente graves. El que tiene la preocupación de explicar su conducta al primer venido se demuestra el esclavo de la opinión pública. Desde entonces, llegará lógicamente a buscarse excusas para actos legítimos, mas cuya claridad pudiera herir los prejuicios de la gente. Y este hombre que, en su fondo, habrá sabido libertarse de la razón del estado social, reforzará este culto nefasto dando a su liberación causas torcidas.

Tomó un ejemplo, cuya importancia me urge: un hombre ama a una mujer que no es la suya, de un amor que ha sabido elevar al plano de la confianza y del respeto, al plano de la amistad. Problema que ha hecho la alegría de veinte novelistas y de algunas docenas de moralistas. Propónedle a cien personas: ¿cuánta os darán la solución de la ilustre Sra. X... o del célebre Y... y os aplastarán con el argumento de autoridad. Este hombre, que sabe despreciarse cuando lo merece, ha conquistado por eso el derecho de despreciar las opiniones ajenas y de marchar sin la preocupación de las teorías y de los códigos, según el ritmo de su fuerza y el equilibrio de su voluntad. Y en lugar de afirmar su derecho ante todos por el simple espontácullo de su indiferencia, he aquí que no se esfuerza en conciliarlos las simplicitas recalcitrantes, a explicar su punto de vista, a desarrollar preceptos y argumentos, a acumular toda una diplomacia para ocultar a las miradas desaprobadoras la sana y pacífica intrepidez de su conducta — o bien, he aquí que cedería su derecho, tricionaría su libertad y ahogaría esta amistad para obtener la paz.

Digo que este hombre, en este caso,

cometería una cobardía. Reforzaría la religión del número y la tiranía de las masas que están impregnadas profundamente de lo que se llama el espíritu burgués — es decir del odio contra todo lo que no está conforme con sus prejuicios. Las circunstancias atenuantes nos conducen a establecer el problema en toda su amplitud. El que sabe menospreciarse debe haber proscrito todo respeto humano y saber honrar lo que hay de bueno en él. La confesión no debe ser negativa. El valor de las faltas y de los vicios necesita el valor de las conquistas y de las virtudes. El hombre que ha abrazado su vida plenamente y se mira en sus ojos no debe temer el exceso de amor propio o la vanidad. Todavía en este caso no debe escuchar la voz o el consejo de su vecino. No ha tenido necesidad de un comparso para reconocer lo que hay de malo en él, ¡por qué lo preciaría cuando debe apreciar lo mejor de sí mismo?

Desgraciado el que no osa confesar sus victorias y el que, habiéndolas apercebido, no se hace su defensor y esclavo. Es tan vergonzoso abdicar ante los errores ajenos como agarrarse a los propios.

* *

Elle Faure ha dicho excelentemente que todos los buenos padres de familia preferirían ver a sus hijos jefes de un despacho ministerial con la perspectiva de la Legión de Honor a cuarenta años, antes que dedicarse a la suerte trágica y grandiosa de Cervantes o de Reinbrandt.

Pero es mucho más sorprendente, a mi juicio, que la mayor parte de los que, por un lado, han roto el círculo de hierro de la rutina, ambicionen adquirir el aspecto de tal jefe de despacho ministerial y su marcha moral de completo reposo. Que el apache limite al burgués, puedo aún, según la fórmula, comprenderlo y perdonarlo. Pero que el hombre libre confiese una tal preocupación, veo en ello la más penosa de las perversidades.

El mal proviene de la vieja costumbre sistemática de las circunstancias atenuantes y de la repugnancia que sufren muchos hombres ante la confesión de sus cualidades y, así, de sus derechos. Los colocan, con sus grandes pecados, en la zona de la inconciencia. Exponen sus pequeñas miserias y se regocijan de sus pequeñas cualidades. Se parecen a un negociante que tuviese en cuenta cada céntimo ganado o gastado, pero que olvidase cobrar el mejor lote o hotar la quiebra de su mayor deudor. Tienen antiparras que les ocultan la sombra y el sol. Viven en una atmosfera gris, que les encanta.

No rechazan al inquisidor: "¿Por qué hacéis eso? — Creo tener derecho — Tropezáis con las tradiciones y el buen sentido. — ¡Oh, señor, estoy bien educado! — Sois amoral."

Hay mucho a apostar que un hombre que se defiende de ser amoral, es un cobarde. Y lo mismo sucede con quien acusa a su vecino sin haberse despreciado a sí mismo. Le hace voluntariamente candidato del ejemplo y se afirma en el recto camino. Por lo demás sintetiza, bajo este vocablo sonoro, todo un infinito de rencores y de cólera. — Pero desgraciado el que no se glorifica de ser amoral, porque es esclavo o poltrón.

Quien quiera que tenga el privilegio, que he colocado a la base de estas notas, de confesarse sin miedo y sin falsa piedad, no tiene necesidad de un interlocutor solemne para conocer su amoralidad. Pero conoce también la del buen apóstol que le arenga. La originalidad de la moral es de ser precisamente una cosa de que cada uno habla y que no existe. Para existir, a pesar de las faltas y de los pecados de todos los hombres, supone la posibilidad de una mejoría, el castigo de los pecadores. Realiza lo irrealizable. La moral es el conjunto de leyes que nadie observa y que cada uno quiere imponer a su prójimo para retardar su marcha. Es el código del perfecto jefe de despacho, o más bien, el término medio hecho, después de algunos siglos, entre todas las mentalidades de todos los jefes de despacho de todas las administraciones del mundo y de la historia. Si quedáis por debajo de este total, hay la

esperanza. Pero si lo sobrepasáis, cuidado con las invectivas. De hecho, cada uno crea la moral como se crea la tradición, la vida y la verdad, — sin pensar en ello y para desembarazarse enseguida. Todo lo que se reúne bajo esta denominación para la confusión de los hombres, es una trampa contra la simplicidad que es el camino de la victoria. El solo miedo de salir de un mal paso es con frecuencia enredar las cuestiones, hasta exasperar el coraje de los que desean la luz; los policías de baja estofa y los tartufos no lo ignoran. Es, paralelamente, para desviar la atención, que se ha inventado la moral. Se la lanza a manos llenas, como pimienta, en los ojos de los que se esfuerzan hacia la libertad. Se complican los problemas y se enloquecen los espíritus. Se siembra la vergüenza para recolectar la abdicación y el arrepentimiento. Se siembra el temor para recoger la sumisión.

Desgraciado el que se deja arrastrar por el temor, porque está maduro para el presidio.

* *

Un solo temor es emocionante. Peligroso también, — no menos acaso que el temor ageno, — pero trae con frecuencia una redención: el temor de sí mismo. Los seres libres que, en el fondo de su corazón, no aceptan la dominación de la rutina y de los viejos preceptos caducos, ofrecen con frecuencia este espectáculo al principio de su vida. Es una

en que el alma es insastifecha de la alimentación frugal de que hasta entonces había podido contentarse, porque todas sus fuerzas y toda su atención se ocupaban del misterioso e íntimo trabajo de su formación. He releído con frecuencia las frases todas sencillas en que la imagen no tiene nada de impreciso ni tiene verdaderamente otro fin que esclarecer una confesión.

"Trato de reflexionar un poco, dice esta carta, como queréis que lo haga. Quisiera hacerlos comprender mi desconfianza comparándome a un niño que ha jugado largo tiempo en el rincón más sombrío y retirado de la casa con un juguete que adora, que cree exclusivamente suyo, ignorado de todos, del que se siente un poco avergonzado porque lo cree sin valor, pero al que ama de todas sus fuerzas, porque le es precioso e indispensable a su felicidad. Y después, repentinamente, una persona mayor ha descubierto sin darse cuenta, el juguete de este niño y le asegura que es precioso e interesante. Comprendéis que tal niño queda estupefacto y desconfiado."

No creo que un ejemplo más evidente y completo pueda ponerse en debate. — Y lo repito, más emocionante. Cada uno que es joven cree a su independencia negativa: el derecho de jugar sin ruido, de retirarse a un rincón sombrío y de vivir relegado en sí mismo. Después, un día, el juego debe cesar, porque la infancia ha cesado, el sol ha penetrado hasta el fondo del reducto sombrío en que el niño pulía su alma y debe mos-

temor ageno que debe ser ejecutado en cualquier parte que sea descubierta y sin piedad. Sé bien que se puede hacer juego de palabras en todas las lenguas y sobre todos los asuntos. Cuando hablo de escrúpulos no pretendo elogiar al hombre que persigue un fin egoísta abriéndose camino a través de todo. Hablo del que, después de haber sentido en el fondo de su corazón, el temor de sí mismo, se deja arrastrar a compromisos o a capitulaciones parciales a fin de no disgustar a nadie ni siquiera a quien se creyese abrogar derechos abusivos. ¿Cuántos son los que, por exceso de nobleza y de sinceridad, han restringido su libre desenvolvimiento?

Error de juicio todavía. No se sabe donde está el deber y que se comete una doble falta no aceptando toda la carga de su independencia y dejando a otro practicar, más allá de sus fronteras naturales, una política de imperialismo. El escrúpulo es una duda, una indecisión al menos. Es una zona neutra entre dos almas, donde cada una se cree soberana y, sin embargo, donde cada una está dispuesta a abdicar. ¿Puedo entrar en esta zona? — dice una. — Y la otra: ¿puedo quedarme? Desgraciados aquellos cuyo imperio no está claramente delimitado y que no han hecho la revisión exacta de sus fuerzas, porque no sabrán defenderse.

El escrúpulo es como la nata. Un producto que da calor más que repugna a los miembros sanos. Comprendo que sea estimado por muchas gentes, por todos aquellos que tropiezan a cada paso y cuya mano tiembla en el momento de empujar cada puerta. Pero hablo del que sabe afirmar y no del que se encoge en toda circunstancia, del medio a donde su paso le lleva, y digo que aquel no puede envenenarse con escrúpulos.

Hay un dilema permanente: una cosa es legítima o ilegítima. Se tiene el derecho de establecer un acto o no se tiene. No hay región neutra, ni tercera solución. Desde entonces hay que tener en consideración los avisos, los deseos y las órdenes de ciertas personas, cuando se marcha en sus dominios; pero hay que saber decididamente rehusarlos cuando ellas se internan en terrenos de otro.

Sería preciso repetir infatigablemente estas verdades a los niños, amenazados en el libre ejercicio de su libertad y en el libre desarrollo de su espíritu y de su corazón por la tiranía "de derecho divino" de sus padres. Con frecuencia, en el momento de accionar, tienen un movimiento de retirada o de confusión: un escrúpulo. ¿Pueden causar esta decepción, derramar estas lágrimas o provocar esta cólera? Si, lo pueden. No tienen ninguna parte de responsabilidad en esta decepción, estas lágrimas o esta cólera: están en su derecho y no tienen siquiera el de abdicar. La causa de estos accidentes reside por completo en el abuso de autoridad, en el imperialismo paternal.

El escrúpulo es un error de juicio. Pero también un peligroso anestésico. Impide el crecimiento y la maduración del espíritu de rebeldía. Y éste, como ha dicho Drieu-La-Rochelle, es la mitad de Dios. Desgraciado el que acepta la tutela y que, sabiendo que tiene razón, modifica su conducta bajo la impulsión de cualquier escrúpulo. Desgraciado el que jamás se ha rebelado y que no está siempre presto a rebelarse contra todas las injusticias y todos los imperialismos. Desgraciado el que no está decidido a defender fieramente, cueste lo que cueste, la integridad de sus derechos y de su evolución. Porque todos esos serán, en la vida, como los caballos en un pldero: volverán a sí cesar la misma pista y polvotearán siempre al punto de partida.

El hombre que tiene escrúpulos es un hombre que se prepara a invocar las circunstancias atenuantes, es decir, un hombre que jamás tendrá el valor de reconocerse culpable y despreciarse. No es franco ni ve claramente. Jugará su porvenir y sus más legítimas conquistas a cara o cruz y encontrará siempre, para abrigar sus derrotas y caídas, una vieja comadre o un viejo compadre complacientes. El hombre que glorifica los escrúpulos ignora el rigor del deber y la inflexible cólera de la libertad.

Notas gráficas del entierro de Kropotkine



Levin habló en nombre de los estudiantes de Moscú

regresión ante el peso de las responsabilidades — un tufo de egoísmo. Es con frecuencia comprensible y a veces no falta de nobleza.

Pero un vicio de juicio lo engendra. El hombre que lo sufre comprende imperfectamente que no tiene el derecho de rehusar sus responsabilidades y que la libertad es una carga honorable. Teme ser arrastrado más deprisa que la prudencia aconseja sobre la vía gloriosa y se pregunta si no se equivoca de camino; si no será la víctima de su alma liberada.

Temor. Falta de simplicidad. ¿Por qué se quiere dar siempre a las cuestiones más sanas soluciones febriles o aviesas? Amo, es cierto, como un gesto de pudor, la regresión instintiva del ser joven, a quien los últimos pasos de la adolescencia han lanzado bruscamente ante la tragedia. Un papel le es reservado que deberá desempeñar voluntariamente o por fuerza: lo siente. El, que tiene el privilegio de concebir la vida diferente a un pesebre de avena y cebada, sabe que la lucha es inevitable y que no le queda ninguna esperanza. Se indignaría si le propusieran abandonar la batalla. Toda su belleza aspira a penetrar en ella. Mas, como un desfallecimiento físico, el temor le oprime, — el temor de ser inferior al drama en que va a internarse.

Tengo a la vista la carta de una joven que se encuentra en esta hora angustiosa

trarla; y, ante el espectáculo de los hombres, su llamada, sus conflictos y su amor, es preciso levantarse, atenuar la voz, elegir las palabras y salir de la casa. La hora ha llegado en que la independencia necesita el valor y el combate. Bajo pena de hacerse un esclavo.

El niño no puede nada en eso. Y la vida tampoco. No se impide al sol marchar a través del cielo y calentarlo los tejados de las casas. Ciertamente, el niño puede encerrarse en una habitación sin ventana y cubrir su juguete para librarse de las miradas. Pero esta defensa es ilusoria. Porque los hombres están, fuera, que adivinan lo que no se les dice y cuya antigüedad es irreductible. "Se puede uno protestar contra la indiscreción," ha dicho Duhameil. Pero nadie puede resistir a la contemplación y al amor."

Respecto el temor que sofoca al hombre en la hora de ensayar sus fuerzas. El corazón que no lo ha sentido es un corazón mercenario o de inconsciente. Pero es preciso que el hombre sobrepase su emoción y que no dude en ensayar sus fuerzas. Que se reconozca el servidor de su libertad, el sujeto de su alma. Que desprecie toda idea de abdicación o apartamiento. En una palabra, no debe el temor ante sí mismo convertirse en el temor ageno.

* *

El escrúpulo es una forma de este

SER UNO MISMO

Desgraciado del hombre que no se desprecia nunca, porque ignora la sinceridad. No pudo la confesión pública ni la ceniza en la frente. Entre estos grandes penitentes hay acaso héroes, pero hay sobre todo granujas. Desconfío de cualquiera que se enorgullece de sus faltas o de su derrota, porque o bien predica el amor alismo que supone la moral, o bien quiere deslumbrar a la turba de pecadores por la magnificencia de su arrepentimiento. Y además, no se trata aquí de mejorarse ni de temer a Dios. Hablo del hombre que tiene conciencia de su necesidad, de su cobardía o de su perversión, solo consigo mismo, encerrado en su silencio, aún si ningún músculo de su rostro tiembla y si su mirada sigue impenetrable.

Confesarse. A sí mismo, se entiende. Y hasta el más grande pecado. Se dice a los niños: todo se debe declarar, hasta las faltas veniales. Se finge desconocer que éstas no necesitan pena alguna y, por tanto, no se tienen en cuenta. Hay que fijar la atención de los niños sobre las declaraciones que hacen sufrir e inculcarles el desprecio del pequeño pecado-adorno que se coloca en el ojal o sobre la chimenea. Confesarse, como herirse: a sí mismo. — Se debe ser juez y parte: ésta es la única escuela de la nobleza.

La confesión, como se comprende, es de un mecanismo delicado. Debe reflexionarse, hacer las cuentas, presentarlas al patrón. — después, cuando uno se ha engañado, excusarse enérgicamente, prometer no recomenzar y hacer penitencia. Mecanismo delicado? Es la misma simplicidad y es lógico como un silogismo. Si, pero la contabilidad es una ciencia difícil, y sobre cien personas, hay noventa y nueve que no comprenden y no sabían nunca calcular, y he aquí que todos somos, sin excepción, comprometidos en este servicio. Cada uno tiene que hacer sus cuentas. Las adiciones aumentan y después todo se complica terriblemente. "Hay muchos errores esta quincena, mi señor patrón. Pero es juro que son involuntarios. — Veo que no se arrepentís. Sea. Seréis castigado ligeramente. Mas no recomenzareis: ¿no es eso? — No, mi señor patrón." Me ha hecho decir que no volveré a hacerlo, pero esta tarde mismo recomenzaré, porque no soy contable y porque la contabilidad es una ciencia difícil. La desgracia en esta monstruosa casa comercial,

Notas gráficas del entierro de Kropotkine



Setinberg (representante de los socialistas revolucionarios de izquierda)

* *

Todavía hay algo más peligroso: el escrutinio, he dicho varias veces, es una impotencia de juicio. Pero el sacrificio es una impotencia de la voluntad.

Antes, el hombre que lo sufría, no se daba cuenta de la gravedad y, a veces, de la esencia de su mal. Aquí, sabiendo bien que tiene razón, acepta en plena lucidez accionar como si tuviese culpa. Denuncio el espíritu de sacrificio como el mayor cómplice del espíritu de dominación. Desgraciados los que se sacrifican, porque torjan las cadenas de los esclavos, porque hacen desviar el derecho, porque prolongan la iniquidad, porque enjendran la desconfianza y el rencor, porque honran la vileza. Comparo al que se sacrifica a uno que se deja golpear: tira sus buenas cartas sobre los envites de su adversario y se alegra de los tantos que le ganan.

La glorificación del sacrificio es una de las más perniciosas invenciones del espíritu cristiano — y de las más tenaces.

Un sólo sacrificio es susceptible de nobleza: el que sacrifica el interés de un hombre o cualquier otro de sus bienes inferiores, pero legítimos, al amor. Más el que sacrifica un amor o una amistad a cualquiera consideración, el que, aún en el estilo de la tragedia la más auténtica, pisotea el amor o la amistad que le dan, para no turbar una quietud eventual o para no levantar un escándalo, el que se despoja de su alma en provecho de un alma con frecuencia inconsciente y a veces indigna, éste es un eobarde y comete una villanía.

Este sacrificio es un suicidio, el alma que lo practica deja de existir. ¡Oh, sé bien que la ideología cristiana cubre este prejuicio de todo un aparato ornamental. Llega aun a decir que el sacrificio es el camino del paraíso. Pero los que se dejan engañar por tal propósito, testimonian que creen todavía en una gerarquía en el amor. Y, cualquiera que haya amado sabe que nada es más falso. Se ama o no se ama. Cuando se constata que se ama menos que antes, es, en realidad, que no se ama más. Cuando se establece el balance de su amor y se le reconoce un déficit, es prueba que la quiebra está próxima. El que cree amar, pero confiesa calladamente que su amor es menos ardiente que el de su pareja, conoce la piedad, el cansancio o la vanidad, pero no el amor. El amor no es cosa que se pesa o dosifica, se atempera o equilibra: y el que cree esto está maduro para el sacrificio, o sea, el suicidio.

Desgraciado el que experimenta alegría en el sacrificio porque está enfermo. Toda abdicación es una debilidad, síntoma de derrota o agonía. Y toda capitulación una falta.

El hombre que se sacrifica ignora la simplicidad y se retira ante las responsabilidades. Desconoce la verdadera nobleza, que es el honrar en sí mismo el ideal de justicia y de libertad. Desconoce la verdadera bondad, que es velar por la armonía del mundo. Si la palabra "moral" significa todavía algo, diría que el sacrificio es la forma más perfecta de inmoralidad.

Veamos el niño de que hablaba la carta de esa joven citada. Jugaría en su rincón. Una "persona mayor" pasaría y se fijaría en el juguete. Se inclinaría hacia el niño, pero éste, para no disminuir la marcha de su nuevo compañero o para no excitar los celos de otros adultos que les rodean, destruiría el juguete tan estimado, lo echaría al hogar y lo sacrificaría. Después quedaría sólo: el adulto se marcharía con los ojos exaltados por ese tesoro entrevisto, pero del que no sabría nada, insatisfecho, febril, desesperado; y el niño quedaría empobrecido. Más no hay derecho de empobrecerse.

Sacrificarse es disminuir el patrimonio del hombre. Es falta de espíritu creador y de voluntad. Es elevar la haga romántica a la altura de una filosofía. Es buscar la dicha, la paz y la satisfacción donde no pueden hallarse: la sumisión a la libertad, la sumisión a sí mismo.

Paul COLIN

EL TREN DE CARGA

Uno detrás de otro pasan los vagones...

Van de gris vestidos como presidiarios, lentamente ambulando por los arrabales que pasar contemplan sus sucios hermanos,

Marchan como autómatas, lentamente marchan

Con el andar triste de obreros ancianos que saben que nunca saldrán de otra senda, sino ir al trabajo... volver al trabajo...

No sé qué de triste tiene el tren de carga, siempre trabajando, siempre trabajando; la tristeza misma de viejos obreros que trabajan siempre, como con cansancio.

¡Yo no sé qué cosa dan los que trabajan sin una protesta, siempre resignados...!

¡Pobre el tren de carga! Sus vagones grises son como borricos enormes y mansos.

Uno detrás de otro pasan los vagones; son un algo opaco, sonámbulo, vago...; cual si las casuchas grises del suburbio una detrás de otra se fuesen al campo.

Alvaro YUNQUE

Noviembre 1922.

☒ GOTAS ☒

1) No puede existir verdadera cordialidad donde no median elevados propósitos; cuando más lo que puede haber es una **complicidad**, un pacto secreto de mútua conveniencia.

2) Sólo es fuerte el que es capaz de reconocer sus propias debilidades.

3) Cuando halles una lágrima, no inquieras de donde viene ni hacia donde va; acógela, enjégala y respétala en lo que tiene de símbolo. Porque una lágrima siempre es una gota de dolor extraída de las cavernas puras del alma.

4) Algunos sólo son piadosos en el instante de la muerte o de su precursora, la vejez, seguros de que cuanto ofrecen ha de rendirles el último interés con usura en el reino de los cielos.

5) El primer mandamiento de la ley de Dios es la síntesis del egoísmo católico: "Amar a Dios sobre todas las cosas."

6) Comencemos a ser esclavos de nues-

tros deberes para libertarnos del yugo de nuestras pasiones.

7) Si os queréis convencer de que no hay justicia, leed los códigos; si os queréis persuadir de que no hay Dios, leed la Biblia.

8) El entusiasmo es una corriente incontenible de elocuencia, porque florece con el espontáneo impulso, el que siempre es un caudaloso torrente de sinceridad.

9) Castremos las ambiciones materiales, y nuestros sueños no abortarán jamás.

10) En todo pesimista se oculta un fracasado, un claudicante, un cobarde... o un anciano.

11) No te avergüences de haber sentido vergüenza alguna vez; avergüénzate, sí, de no haberla sentido nunca, ya que tu conciencia fué espectadora de uno o muchos actos vergonzosos.

12) El oro puede hacerse con el tiempo; nunca éste con aquél; sin embargo,

Notas gráficas del entierro de Kropotkine



Aron Baron — representante de los anarquistas pragos

entre perder el uno o el otro preferimos perder el tiempo.

13) La oratoria de los parlamentarios es agua que, hidratando las conciencias colectivas y haciéndoles perder su solidez, las conduce por los cauces más estrechos.

14) Sábalo: de un talento mediocre medra una jauría de mediocridades sin talento; he aquí el oscuro origen de la mayor parte de las apoteosis y coronaciones.

15) Yo no quiero saber cuanto das, quiero saber cómo das y a quiénes das.

16) No creas en la amistad del que no te reprocha tus faltas, ni vitupera tus vicios, ni sofrena tus desbocadas pastones; aquel que nunca te dijo una áspera verdad, aquel que te dejó hacer, aquel que jamás te obstó un capricho; es el peor de tus enemigos, aunque te sonría siempre.

17) En todo fanático hay un hombre sincero y la sinceridad puede extraviarse, pero nunca convertirse en un obstáculo del bien.

18) No siempre podrás vivir con la grandeza que piensas; pero nunca pienses con la pequeñez que vives.

19) El clero es un monstruoso pene al que se han extirpado los testículos; goza del espasmo pero no fecunda.

20) Cada artista debe ser un guerrero que lucha por emancipar a la verdad de la tiranía de las bajas pasiones.

21) Muchos se envanecen de tomar en broma a la vida, sin pensar en que la vida es quien se burla de ellos.

22) No creamos en los triunfadores y menos aún en su gloria: a ellos los hace el vulgo; y de cien triunfadores, noventa y nueve sólo llegaron a serio por haber servido de cueva a millones de sabbandijas.

23) No creas en el amor de nadie, ni en el de tu propia madre, ni en el de tu propia esposa, ni en el de tu propio hijo; si jamás los viste amar a nadie más que a ti.

24) No creamos en la bondad de nadie, que nos hable de su bondad y menos creamos aún en la maldad de nadie por su mala reputación: generalmente, en los grandes panegiristas del bien, se oculta un bandido y en los excesivamente acusados se yergue un hombre de valer.

25) Entrégate sin pequeñeces, entrégate con la grandeza de exponer tu libertad al martirio del desengaño; y merecerás no ser pequeño, y merecerás no ser desengañado y merecerás ser tan grande como lo fué el impulso que te conóció a entregarte.

Augusto KLAS.

Muchos diputados no viven de su indemnización parlamentaria, ni de sus rentas, ni del producto de ninguna profesión clasificada, pero *explotan su influencia como se explota un negocio de comercio.*

DEBATS

No digo que no haya en la Cámara algunos hombres francos y desinteresados; pero para contactos con los de los, no tendréis necesidad de abrir las dos manos.

F. COPPEE

Suscripción del Suplemento y "La Protesta" Inclusive, \$ 2.— mensuales